

EL NADADOR

Manuel Santana Santana era el mejor nadador de todo el contingente de reclutas, más de cinco mil, que nos adiestrábamos en el campamento instalado junto al poblado legionario de Dar Riffien, en tierras marroquíes bajo el Protectorado de España. Yo nadaba bien, pero nada que ver. Él se movía como Johnny Weissmüller, el mejor Tarzán cinematográfico. Nunca conocí a nadie tan rápido y resistente en el agua. Ambos pertenecíamos al cordón de vigilantes en playa y ríos, establecido por el Mando para los ejercicios diarios de baño y natación de la nutrida tropa. Cubríamos un área grande. Pero aquel día no logró escaparse porque me chivaron de su propósito, porque fui más determinado que él y porque el río que escogió para desaparecer, el Uad Lila, si bien hondo en la parte baja, dejaba de ser profundo en la zona media y, curso arriba, se mostraba escindido en pequeñas corrientes imposibles de ser nadadas.

-Déjame en paz, jefe –dijo. Él y otros me llamaban así por haber sido designado escribiente de la Compañía.

-¿Sabes lo que intentas hacer? ¿Por qué ese interés en desertar?

-No sería un desertor. No hemos jurado bandera.

-Te aplicarán el término. Estás en un ejército instalado en tierra extranjera, aunque sea Protectorado.

Desde varias quintas atrás no se pelaba a los “pipis”. Él conservaba su cabello negro y fosco. Tenía la cara empujada para dentro y la barbilla saliente, lo que hacía que su perfil fuera cóncavo. Poseía un cuerpo esbelto y armonioso, moreno de piel y de tez, y había algo africano en sus facciones.

-Nada hay tan grave que justifique una medida tan extrema.

-Si la hay, pero no te lo voy a decir.

-¿Adónde crees que llegarás, sin papeles y sin nada?

-Me apañaré. Tengo recursos. Déjame ir. ¿Qué te importa?

-Más arriba están los poblados de Men Fak y Beni Zalen. No pasarías desapercibido, en bañador y descalzo. Los moros te cogerían y quién sabe lo que te harían. Ya sabes cómo están las cosas con ellos.

-Tendrás que obligarme a volver – dijo, echando a correr por entre los árboles. Ahí yo tenía más ventajas. Le atrapé. Volvimos y nadie se enteró de la aventura.

Unos días más tarde juramos bandera y nos llevaron al cuartel, en Tetuán. Me hicieron cabo Furriel y, todos los días, al pasar lista, nos mirábamos. No éramos amigos por lo que cada uno se integró en su grupo. Durante las primeras semanas no nos permitieron salir del recinto militar. Luego pudimos bajar de paseo a la ciudad todos los días. Pero Manuel nunca pudo hacerlo. Un día llegó un pelotón de soldados de la guardia y se lo llevaron al calabozo. Fui a verle. El cuartucho, situado junto al Cuerpo de Guardia, estaba limpio pero las paredes desconchadas y el suelo roto testimoniaban el nulo interés en hacer reformas en el fortín, que en pocos meses sería entregado a Marruecos. Detrás de unos barrotes oxidados Manuel me miró. En sus ojos no había resentimiento sino fatalismo.

-Debiste dejarme ir.

-Lo habría hecho si me hubieras contado el problema.

La orden de detención era policial. La justicia ordinaria lo reclamaba desde la península. Manuel había sido condenado a varios años de cárcel por reincidencia en...

-Contrabando de tabaco rubio americano. Sí, ¿y qué? No es un artículo prohibido como la grifa. Se vende libremente. Lo que castigan es el no pagar los impuestos, que para el pobre de nada sirven. Meten en la cárcel a la gente por eso. ¿De qué vamos a vivir los miles de personas que no sabemos hacer otra cosa?

Cuando descubrieron que había ingresado en filas, vino el requerimiento. Y ahora estaba allí, indefenso. Iba a verle todos los

días y le llevaba galletas, chocolate y tabaco. Semanas después lo trasladaron a Ceuta, a la prisión de El Hacho. Pasaron los meses. No nos permitían salir de la capital del Protectorado, salvo por motivos familiares. Pero con el tiempo me las ingenié y conseguí un permiso. En un autobús de “la Valenciana” me desplazé a la ciudad española. Al otro lado de la “frontera” de Castillejos, la enorme fortaleza, que corona el monte Hacho a unos doscientos metros de altitud, resultaba imponente. Manuel sonrió al verme.

-¿Qué hay, jefe?

Dormía bajo rejas, pero durante el día campaba con los otros presos por el enorme fortín. No me guardaba rencor. Caminamos por la explanada y no todo fueron silencios. Pude así penetrar en la coraza que se había hecho y supe de sus penurias y sufrimientos desde su niñez. Pidió permiso para subir a las terrazas. Desde ellas se dominaba todo el estrecho de Gibraltar en una vista grandiosa. Tras las murallas del penal, el monte natural, casi una isla, se extiende alrededor y va descendiendo hasta llegar al mar bravo, muchos metros más allá. Era imposible escapar. Manuel debería estar allí el período de la mili y luego sería enviado a Canarias para terminar su condena.

-¿Sabes jefe? Siempre que me asomo aquí cierro los ojos y me imagino volando hasta llegar al mar y luego ir nadando al pueblo de Tenerife donde nací y donde aprendí a nadar antes que a caminar.

Había tanta tristeza en sus palabras, que me volví para que no viera mis lágrimas.

-Siempre creí que en el río te estaba salvando la vida.

-Lo sé. No te apures, jefe. Las cosas son como son.

Volví a verle en diciembre del 60, aprovechando un permiso por las Navidades. Me dijo que necesitaba la libertad que siempre tuvo y que prefería morir a seguir así. No me fue posible repetir la visita. En noviembre de 1961 fuimos licenciados. Charlaba distraído con unos compañeros en la cubierta de proa del trasbordador que nos regresaba de África cuando oí la voz:

-Eh, jefe.

Manuel Santana llevaba una camisa blanca abierta resaltando su morenez. Estaba en un grupo de penados vigilado por la Guardia Civil. Seguía parco de palabras, pero sus ojos brillaban. Estuvimos juntos todo el tiempo, dejando que el viento aventara los malos recuerdos. El “Virgen de África” cedió en velocidad y derivó lentamente a sotavento. Algeciras estaba cerca, como a media milla. Manuel me pidió algo al oído. Accedí. Me separé de él y hablé con mis compañeros. Nos acercamos juntos a la barandilla de babor.

-¡Allí, allí! –grité, señalando abajo.

Los otros me secundaron y formamos gran algarabía. Todos los de cubierta se acercaron a mirar, incluidos los tricornios. No había nada. Era el plan acordado. Me volví. Manuel estaba en estribor y se subía a la baranda. Comprendí entonces lo que intentaba hacer y que no me dijo. Era una locura. Se mataría. Corrí hacia él. Erguido, extendió los brazos en cruz, de cara al mar, la camisa flameando al viento. Segundos para la eternidad. Cuando los picoletos se abalanzaban para agarrarle, Manuel tomó impulso y se lanzó. Saltó hacia arriba con los brazos abiertos, como un pájaro, separándose lo más posible del casco. Fue cayendo horizontal y, en el momento preciso, juntó las manos, agachó la cabeza y entró limpiamente en el agua. Hubo un silencio profundo, expectante, casi sobrenatural, todos mirando el oleaje. Luego estalló un griterío general. Era mucha la altura. El barco dejó atrás el punto de impacto y no pudimos ver si salió o no a la superficie.

Cuando la nave atracaba, varias lanchas salían del puerto en busca del evadido. El tren para Madrid partía a la mañana siguiente. Requerí noticias durante todas esas horas. A Manuel nadie lo vio y su cadáver no apareció. El comentario general fue que se habría ahogado. Moriría en la larga caída o bien tratando de llegar a la costa. Él me había pedido que distrajera a los vigilantes. Lo hice, sin preguntarle. Y ahora me agobiaba de culpa. ¿Buscó en el suicidio la libertad anhelada? ¿Le salvé de ser matado, como creí en su momento, para acabar participando de su muerte?

El tiempo pasó. Tuve noches de insomnio y momentos en que me flagelé con angustias irreprimibles. Y así iría a seguir siendo el resto de mi vida. Cuando en los veranos iba a la piscina, veía a Manuel en todos los saltadores de trampolín. Algunos lo hacían muy

bien. Pero nada podía compararse con aquella imagen suya, casi religiosa, con los brazos en cruz desafiando al viento y a su suerte.

En septiembre de 1966 caminaba por la plaza Bolívar de Caracas. Estaba llena de gente, muy animada, como siempre.

-Eh jefe.

Me volví. Manuel Santana Santana me mostraba su sonrisa. Estaba más moreno y se había dejado bigote. Venía hacia mí con los brazos abiertos, su camisa blanca sin abotonar. No hacía viento. Pero yo la vi ondear como la otra en aquel momento indeleble en que el mejor nadador del mundo se transformó en ave.

Joaquín M. Barrero